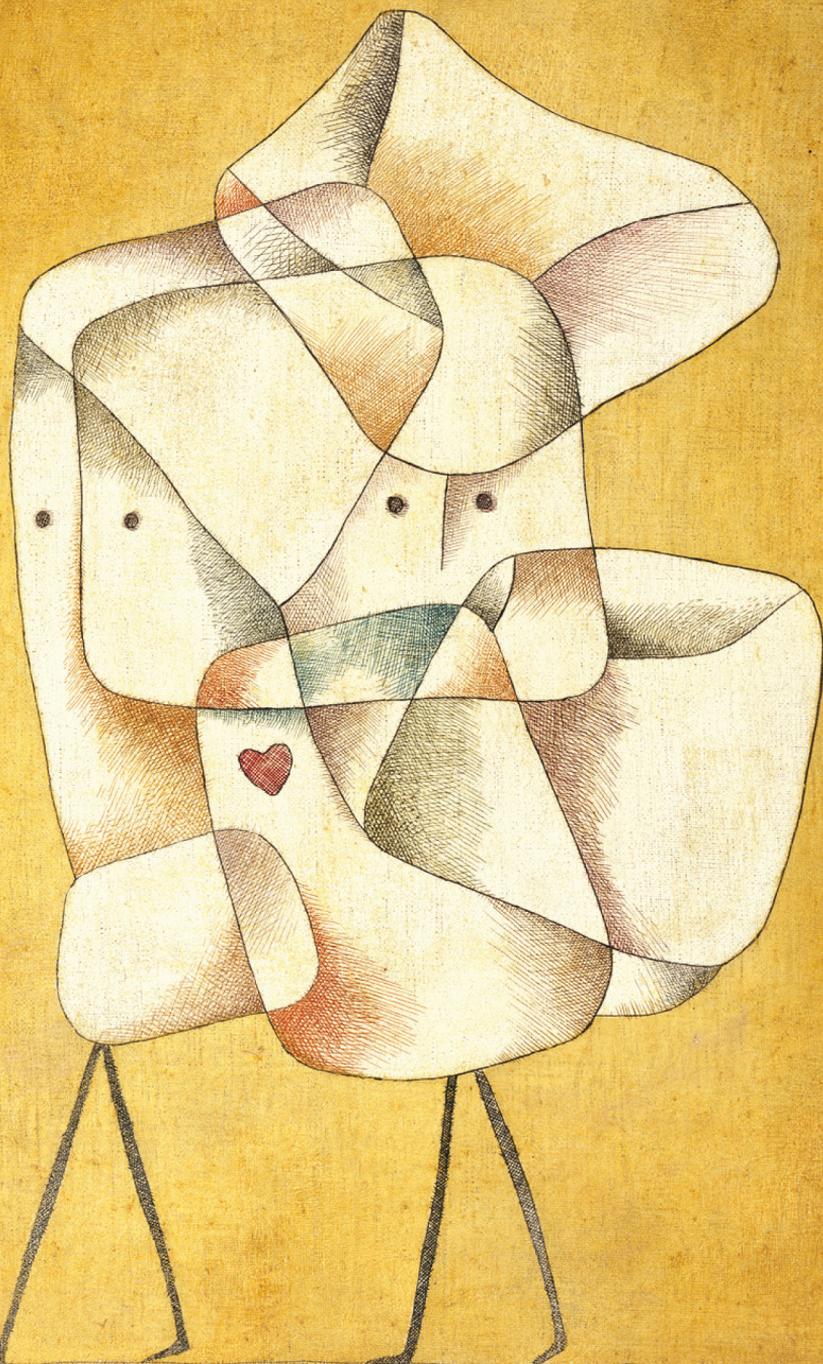


Los nombres de las cosas

MARIANO PEYROU

narrativa sexto piso



Los nombres de las cosas

Los nombre de las cosas

MARIANO PEYROU



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright: © MARIANO PEYROU, 2018

Primera edición: 2019

Imagen de portada

Siblings, 1930, PAUL KLEE (1879-1940), óleo sobre lienzo,
HEIDI HORTEN COLLECTION

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2019

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Formación

SARA PÉREZ

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión

KADMOS

ISBN: 978-84-17517-22-9

Depósito legal: M-38316-2018

Impreso en España

A Daniel
A Juan

LOS NOMBRES DE LAS COSAS

—Mira ese cartel —dijo Garzía.

Estábamos en un hospital. El día anterior me habían operado de una hernia y los dos habían venido para acompañarme a casa.

—¿Qué tiene de raro? —pregunté.

Era un cartel situado sobre la puerta, limpio y rectangular en el que, sobre un fondo verde, unas letras mayúsculas decían claramente: SALIDA.

—Indica que es la salida y está justo delante de la puerta. ¿No os parece llamativo?

Contestamos que no y salimos a la calle. Caminamos hasta la esquina y Garzía paró un taxi y abrió la puerta.

—Aquí debería poner «entrada» —dijo.

Con mucho cuidado, me ayudó a instalarme en el asiento delantero. Ellos se sentaron detrás.

—No, es un deíctico —dijo Amundsen.

—¿Qué es un deíctico? —le pregunté.

—Deíctico —dijo Amundsen—. Con ce.

—Con ce de deíctico —dijo Garzía.

—¿Qué es?

—Es una palabra que cambia de significado según quién la diga y en qué situación se diga. Como «yo» o «mañana» o «ahí».

—Ah.

—¿Entiendes? —continuó Amundsen—. Cambia según el contexto.

—Todas las palabras son así —dijo Garzía.

Amundsen estaba en un hotel de Guadalajara.

—Tengo un poco de frío —le dijo a la recepcionista— y quería ver si me podrían prestar una estufa eléctrica, de esas pequeñas.

—¿Frío?

—Sí, no funciona el aire caliente, o yo no sé ponerlo, y en cualquier caso no me gusta mucho ese aire caliente y quería ver si me podrían prestar una estufa eléctrica —dijo Amundsen.

—O un calentador. ¿Un calentador no le serviría?

—Sí, perfecto. A mí no me importa cómo se llame, lo que quiero es no tener frío.

—A la orden.

Nico ya tenía nueve años y estábamos en la cola de la pescadería. Delante había una señora bastante mayor. El pescadero le dio una bolsa con tres o cuatro peces rojos y unas monedas y le dijo:

—Aquí va esto, joven.

—La ha llamado joven —me dijo Nico en voz baja.

—Es una broma —le expliqué.

—O un vituperio. Si es una broma, es un vituperio —me explicó él, entusiasmándose—, porque le está diciendo que en realidad no es

—Habla más bajito —le dije.

—No se llama eutanasia. Se llama sedación terminal.

—Pero ¿qué diferencia hay?

—No sé. Ninguna. El nombre.

—¿Te parece poco? —dijo Garzía.

Amundsen entró en la panadería. La oferta era amplia, y empezó a leer los distintos carteles: pan de centeno, pan de

espelta, pan multicereal, barra gallega, chapata, baguette, barra especial.

—¿Cómo es la barra especial?

—Normal —dijo la panadera.

—¿Cómo que normal?

—Sí, normal. No tiene

—Pero no puede ser —le dijo Amundsen.

—¿Por qué?

—¿No se da cuenta? Esto es una maravilla. Se llama especial pero

—Sí, o sea, es una barra normal, con harina de trigo, sal y

—Ya.

—De especial sólo tiene el nombre, pero es un pan que

—A mí lo que me interesa es el nombre —dijo Amundsen.

—La señora tiene razón —dijo Garzía en el Pandora—. Es especial porque se llama así.

Al día siguiente vinieron a verme a casa. Estaba mejor, pero todavía me dolía. Cuando les abrí la puerta, vi que Garzía llevaba un post-it en cada zapato. En los dos decía «zapato». Había traído un montón de post-it y empezó a escribir en ellos y a pegarlos encima de las cosas. Pegó en la nevera uno que decía «nevera», abrió la nevera y dijo:

—Esto está mal.

—¿Por? —pregunté. Amundsen se había sentado en el salón.

—Porque dice «leche» —dijo, y sacó un cartón de leche y le pegó un post-it que decía «cartón de leche».

Pegó unos cuantos más. En tazas, vasos y cuchillos. Luego salió de la cocina. En la puerta del baño, pegó uno que decía «puerta del baño». Les ofrecí unas cervezas y se las tomaron en el salón. Garzía pegó algunos más. En la mesita, en la tele y en una botella.

—El del baño está mal —dijo Amundsen cuando volvió del baño.

—¿Por? —pregunté. Garzía lo miraba con el bolígrafo en la mano.

—Dice «puerta del baño», y debería decir «post-it de la puerta del baño», ¿no?

—Tienes razón —dijo Garzía, y se levantó para corregirlo.

Cuando volvió del baño, estaba entusiasmado. Había encontrado, en la habitación de Nico, una reproducción de un cuadro de Magritte que planteaba el mismo tema de los post-it, ese tema que tanto le interesaba, y le parecía asombrosa la casualidad. A mí no, porque yo puse ahí ese cuadro cuando Garzía me habló de él. Fue hace mucho, y me acuerdo de que me lo explicó muy bien. Siempre le han gustado esas cosas. Le encantan.

—Esto no es una pipa —dijo Garzía.

—No, es un cuadro —dije yo.

—No, es un deíctico —dijo Amundsen.

FORMAS DE DECEPCIONAR

Estaba esperándolos en el Pandora. Ya llevaba cuarenta minutos solo, mirando las velas, acariciando la cera, soñando con quemarme y no quemarme, con cortarme y no cortarme, con las diferencias y las semejanzas entre el corte y la quemadura. Pensé que habrían quedado para llegar tarde. Pensé que cuando llegaran, me pedirían disculpas.

—No importa, el mejor rato es el de esperaros —pensé que les diría. Un buen vituperio.

Pero no me pidieron disculpas. Entraron juntos y muy contentos. Habían quedado antes para trabajar.

—Te he traído esto —le dije a Amundsen en cuanto se sentaron al otro lado de las velas—. Parece que habla de ti.

—¿Qué es? —preguntó Garzía.

—Una entrevista con Oscar Wilde. Mira lo que dice. Lo que deseo es que el público, y no la obra, sea un éxito.

—Pero a mí me pasa lo contrario. Lo que me apetece es decepcionar al público. No darle lo que espera —dijo Amundsen—. Como los futuristas que

—No te preocupes por eso. No creo que nadie espere mucho. —El chiste no salió como yo quería. O el público no fue un éxito.

Garzía siempre dice que hace falta decepcionar a los padres para llegar a ser uno mismo. Se lo he oído decir un montón de veces, pero esa vez no lo dijo. Me pareció muy raro que no lo dijera. Luego pensé que hay cosas que decimos sólo una vez y otras que repetimos constantemente, y que debería haber una manera de referirse a eso, de marcar esa distinción, como el corte y la quemadura tienen nombres distintos que velan sus semejanzas. Pensé que podríamos usar el verbo hablar para lo

que se dice una sola vez y el verbo habláblar para lo que se repite constantemente.

—No, papi —dijo Nico cuando se lo propuse—. Habláblar es decir cosas aburridas sin parar.

—Exacto —dijo Garzía cuando se lo conté.

La única vez que han trabajado juntos o, mejor dicho, que han sumado sus esfuerzos con algún fin que no sea burlarse de mí en esa alianza maravillosa que siempre establecen los dos vértices más alejados de cualquier triángulo, fue para llevar a las tablas, como dijo Garzía, una pieza teatral de Amundsen. En realidad no era una pieza teatral, sino un largo diálogo que formaba parte de una novela de Amundsen y que a Garzía le pareció que se podía llevar a las tablas. Dos actores y dos actrices, dos matrimonios cenando sentados alrededor de una mesa y poco más.

Amundsen hace novelas. Garzía hace películas. Yo trabajo en el ministerio.

—Me gustaría escribir un libro —les dije una vez.

—¿Para qué? —me preguntó Amundsen.

—¿Y por qué no lo haces? —me preguntó Garzía.

—No sé. Porque no tengo vuestro talento.

Es cierto. No estoy a la altura de mis amigos.

—Y eso que somos unos astracanes —dijo Amundsen, y Garzía, por una vez, no se mostró en desacuerdo.

—Pero ¿cómo va a repetir primero de primaria? —le pregunté cuando me contó que Martita tenía que repetir curso.

—No sé, supongo que habrá puesto en el examen que las jirafas tienen trompa —me dijo Garzía.

—No creo —contesté.

—Tiene razón. Lo que deberías pensar en serio es para qué quieres escribir un libro —me dijo Garzía—. Así vas a saber cómo enfocarlo.

—No me

—¿Tú cómo te hiciste escritor? —le preguntó a Amundsen.

—Ni idea.

Hace unos años, cuando Nico acababa de nacer, intenté escribir un libro. Se lo iba pasando a medida que avanzaba y ellos me comentaban alguna cosa, casi nada. Avanzaba muy despacio porque no tenía tiempo para escribir. Estaba muy ocupado con Nico, con los pañales y el biberón, con todas las redefiniciones. Creo que intenté escribir un libro en aquel momento imposible precisamente por todas las redefiniciones. Una vez, frustrado, les dije que no sabía si tirar el libro por la ventana o tirarme yo.

—Tira el libro —dijo Garzía.

—Tírate tú —dijo Amundsen.

El público no fue un éxito. Pero mi público muchas veces no es un éxito, así que quizá no dependa tanto del público. A Nico, en cambio, le salen los chistes con mucha facilidad.

—La cuestión es que tenemos que llegar a tiempo —le dije un día mientras discutíamos, tratando de no perder el autobús.

—No, la cuestión no es ésa —dijo Nico con una zapatilla puesta y la otra en la mano—. La cuestión es ser o no ser.

—Buena broma.

—¿Por qué es buena? A mí me parece que no he hecho nada.

Entonces pensé que a lo mejor para hacer un buen chiste uno tiene que sentir que no ha hecho nada, como cuando sueña. O como cuando yo decepcionaba a mi madre: una cosa involuntaria, algo de lo que no me daba cuenta hasta que ella lo mencionaba.

—A ver, en serio, ¿por qué dices que quieres decepcionar al público? —le pregunté a Amundsen—. ¿Sólo por el placer de decepcionar?

- No es un placer, es
- No es sólo un placer —dijo Garzía.
- No es sólo un placer —repitió Amundsen—. Es un impulso, como una ola.

En alguna universidad de California estaban dando un curso sobre la metáfora.

—Hay palabras que fueron metáforas en un momento inicial, pero que ya están tan instaladas en el lenguaje que no las percibimos como metáforas —explicó el profesor—. Se llaman metáforas fosilizadas. Por ejemplo, cuando hablamos de las patas de una mesa, nadie piensa en las patas de un animal, aunque ése sea el origen de la expresión. El nombre está demasiado pegado a la cosa. ¿Se os ocurre algún otro ejemplo?

—La solución de los problemas —dijo una estudiante de la India.

Tras unos momentos de desconcierto descubrieron que la chica estaba haciendo la carrera de química y que para ella, la palabra «solución» venía de ese contexto. Y como era de la India, donde tienen un concepto distinto del tiempo y de los problemas, pensaba que se hablaba de solución porque los problemas se disuelven y se precipitan, como en una solución química, volviéndose más o menos perceptibles o molestos, pero nunca desaparecen definitivamente.

—Imagínate qué decepción tuvo que llevarse —me dijo Amundsen cuando terminó de contarme la historia.

—¿Por? —le pregunté.

Yo tendría ocho o nueve años y en el colegio nos pidieron que al día siguiente lleváramos dinero para comprar una pecera para la clase. Teníamos que pedirles a nuestros padres cien pesetas cada uno.

—Le voy a decir a mi madre que me dé mil —le dije a Garzía. Mi madre estaba muy implicada en todas las cosas del

colegio y me parecía seguro que me iba a dar más dinero que los demás padres.

—No, tú tienes que llevar lo mismo que los demás —me dijo ella.

Al día siguiente fui al colegio muy decepcionado con mi billete de cien. Además, temía que Garzía sacara el tema o se burlara al enterarse de que sólo llevaba cien pesetas, pero Garzía no dijo nada.